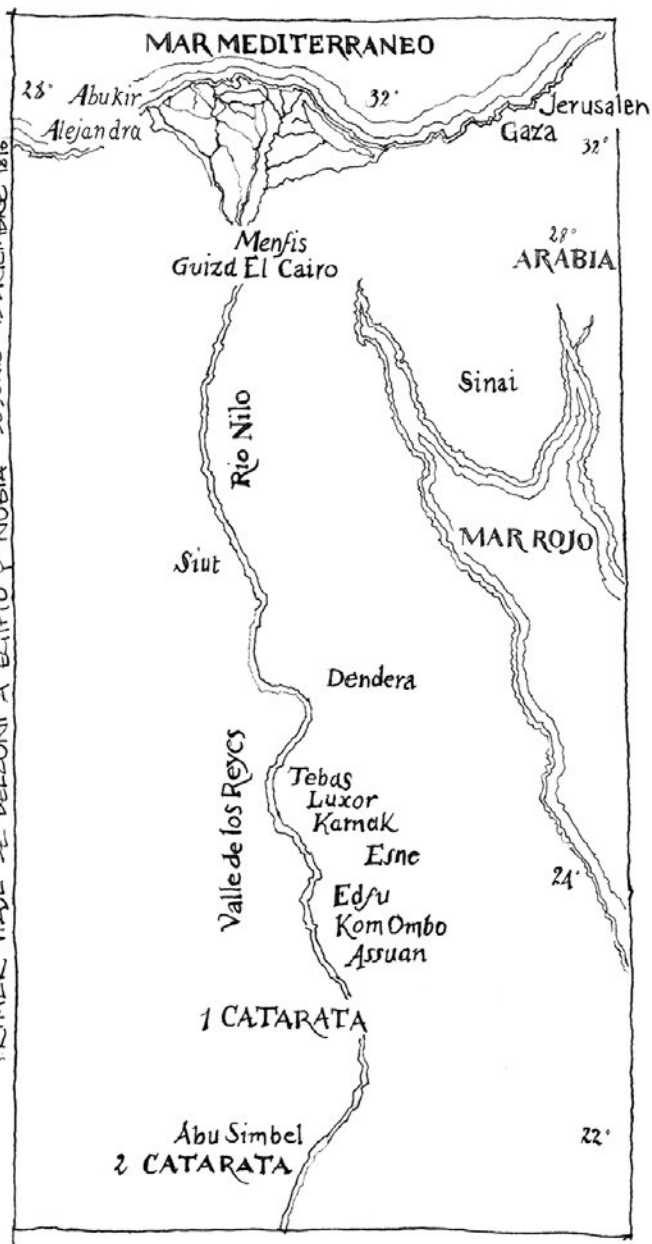


GIOVANNI BELZONI

**SEGUNDO VIAJE A EGIPTO Y NUBIA
ABU SIMBEL**

PRIMER VIAJE DE BELZONI A EGIPTO Y NUBIA 30 JUNIO - 15 DICIEMBRE 1816



I. CAMINO DE LUXOR

UNA VEZ finalizado el relato de mi primer viaje al Nilo, procederé a contar el segundo. Nos marchamos de Bulaq el 20 de febrero de 1817. El barco del señor Beechey tenía la popa bien protegida con alfombras. El interior estaba completamente cerrado con una cortina en la puerta, de donde nos llegaba poca luz, y un ventanuco que ocasionalmente cerrábamos para impedir que el polvo o el viento pudieran penetrar desde cualquier dirección; además, otra alfombra cubría la anterior, protegiendo no solamente del viento y del polvo, sino también de la lluvia, si es que alguna vez fuera a aparecer. Teníamos a bordo un sirviente griego, un jenízaro del pachá y un cocinero. [El griego es Yanni Athanasi, 1798-1854, que trabajará a las órdenes de Salt, y que en 1836 publicará en Londres *A brief account of the researches and discoveries in Upper Egypt.*] Personas que nunca vieron la necesidad de economizar las provisiones y que hicieron tanto gasto en

Deir o en Nubia, como hicieron en El Cairo. El resultado fue que los alimentos, que nos debían durar seis meses, empezaron a faltarnos al final del primero. En definitiva, y a pesar de todas las precauciones que tomamos, nos vimos obligados a vivir de lo que el país producía. En verdad, mientras estuvimos en Tebas no tuvimos razón para quejarnos, pues allí abunda la carne, las aves, las palomas y, después de la inundación, verduras como habas, bamies o malokies.

Tanto nuestro *rais* como toda la tripulación eran barabras, enrolados para ir a donde quisiéramos. Estaban contratados por un mes y tenían que valerse por sus propios medios respecto a las provisiones. El jenízaro del pachá nos resultó de tan poca utilidad (pues lo único que hizo fue tratar a los «perros cristianos» con insolencia), que lo enviamos de regreso tras unos pocos días de prueba.

Nuestra salida de Bulaq empezó con viento en contra, algo muy extraño remontando el Nilo, pues los vientos del norte prevalecen al menos nueve meses al año. Dejamos atrás la isla de Roda, el viejo El Cairo y todas las pirámides, pero con tanta lentitud que, en cuatro días, sólo llegamos a Tabeen, un pueblo situado en el lado oeste, enfrente de Dashur. Atracamos en ese lugar muy temprano, pues el viento no nos permitía avanzar; estaba, además, en una posición tan elevada que permitía una vista lejana de El Cairo, las pirámides de Guiza, Saqqara y Dashur. Pude así hacer un dibujo del paisaje. Un día más nos llevó llegar cerca de Lachafie, donde fuimos a ver un campamento beduino. Al oír que éramos viajeros en busca de antigüedades, los beduinos se mostraron muy educados con nosotros, al menos tanto como esta gente puede serlo. Muy pronto conocieron

nuestras intenciones por medio de nuestros sirvientes y tripulación, pues con esta gente no se puede guardar ningún secreto. Los beduinos nos dijeron que en Boorumbol, el siguiente pueblo, había una estatua medio enterrada en la arena que ellos mismos habían visto. Al día siguiente fuimos a ese lugar y, como no podíamos avanzar debido a una calma chicha, atracamos y por tierra nos acercamos a la mencionada estatua. A nuestra llegada nos mostraron una roca informe. Los *fellahs* nos dijeron que una vez fue un camello que Dios transformó en una piedra y que las piedras más pequeñas que lo rodeaban eran los melones que transportaba, y que también se metamorfosearon en piedras. Totalmente satisfechos con la historia, regresamos a nuestro barco.

Por la tarde llegamos a Meimond y al oír los tamborines, fuimos a ver la fiesta árabe del pueblo. Nos colocaron en la primera fila. La representación consistía en unos treinta hombres, todos en una fila, batiendo palmas al unísono, formando una especie de acompañamiento a una canción que no eran más que tres o cuatro palabras; con un pie delante del otro, mantenían una especie de movimiento continuo pero sin cambiar de posición. Delante de los hombres había dos mujeres con dagas en las manos, también en constante movimiento, corriendo hacia los hombres y luego retrocediendo, en un extraordinario vaivén, blandiendo sus dagas y moviendo sus vestidos. En esta actitud perseveraron tanto tiempo que me sorprendía el hecho de que pudieran estar soportando este ejercicio sin desfallecer. Es una clase de danza beduina y es la más decente de todas las que he visto en Egipto. Pero en cuanto terminó, inmediatamente empezó otra, según las costumbres de la región y, supongo que para

agradarnos, totalmente opuesta a la extraordinaria modestia de la primera. Pero volvimos al barco más disgustados que complacidos.

Durante tres días tuvimos un viento del sur bastante fuerte, así que no avanzamos más que unas pocas millas, por lo que no llegamos a Minieh [hoy día El-Minya] hasta el 5 de marzo. Fue necesario atracar allí y ver a Hamet Bey, quien estaba al mando de todos los barcos del río. Se consideraba a sí mismo como el almirante del Nilo y creía que era tan importante como un almirante inglés. Un día, en una reunión cristiana en El Cairo, la conversación trató sobre *sir* Sydney Smith. «Ah — dijo Hamet Bey —, *sir* Sydney es un hombre muy inteligente y tiene el mismo rango que yo.» De este gran comandante teníamos que obtener protección para nuestro *raïs* y asegurarnos de que su barco no fuera apresado mientras estuviera de nuestra parte. Lo encontramos sentado en un banco de madera, atendido por dos o tres de sus marineros. Aceptó nuestro requerimiento, pero nos lanzó una indirecta acerca de una botella de ron. Le enviamos dos e hizo una fiesta muy animada con ellas.

Fuimos a la casa del doctor Valsomaky, que destila *aqua vitae* y vende medicinas tanto al por mayor como en pequeñas dosis. También colecciona antigüedades de los *fellahs* de los alrededores del país y se las vende al que quiera comprarlas. Y con la esperanza de encontrar algo fuimos a visitarlo. Allí vimos a dos coptos, vestidos como francos, pues habían estado en Francia con el ejército. Eran empleados del señor Drovetti, el excónsul francés en Alejandría, quien los había enviado Nilo arriba en busca de antigüedades.

Como no queríamos mezclarnos con ellos, salimos de Minieh inmediatamente y por la tarde del día siguiente llegamos

a Eraramun, cerca de Eshmuncin, la antigua Hermópolis, donde fuimos a ver al señor Brine, un inglés que había introducido la caña de azúcar en el país. Después de múltiples obstáculos consiguió purificar y refinar azúcar con gran perfección. Su principal dificultad estribaba en sortear los engaños de los árabes que comerciaban en el país y liberar al azúcar de un olor particular ocasionado por la tierra, que aunque no era desagradable, podía retardar su introducción en Europa. En su casa supimos que los dos agentes del señor Drovetti se dirigían a Tebas a marchas forzadas, por motivos de los que era conocedor. Querían llegar allí antes que nosotros y comprar todo lo que hubieran encontrado los árabes en la estación anterior, y que de este modo no tuviéramos la más mínima posibilidad de conseguir nada a nuestra llegada. Sin embargo, no era por esto por lo que estaba inquieto, sino porque el terreno en el que habían estado excavando y encontrando esfinges y estatuas estaba tan evidentemente preñado de objetos que merecían el riesgo de excavar, y que no tenía duda de que si llegaban a Tebas antes que nosotros tomarían posesión de ese terreno y no tendríamos ningún derecho a explorarlo.

Viajar en burros o a caballo es mucho más rápido que los progresos que pudiera hacer nuestro barco, así que ciertamente no teníamos ninguna posibilidad de alcanzar mi antigua marca del terreno donde encontré las estatuas. No me demoré mucho tiempo en pensar sobre el asunto y resolví ponerme en marcha inmediatamente, pues sólo viajando día y noche tenía la esperanza de lograrlo. Así, preparamos rápidamente un caballo y un asno, y llevando conmigo al sirviente griego, dejé al señor Beechey para que fuera en el barco a su ritmo. Para entonces ya era medianoche, pero aun así me puse en camino

y forcé la marcha, llegando a la tarde siguiente a Manfalut. Desde aquí aceleramos la marcha sin demora y llegamos a Siut antes de que clareara el día. Antes de que apareciera el sol, montamos de nuevo y llegamos al atardecer a Tahta. Aquí descansamos en un convento durante cuatro horas, volviendo al camino de nuevo y con la luz de la luna, llegando a Girgeh por la noche. Reanudamos nuestro viaje a la una de la mañana, alcanzando Farshiut a mediodía, y, después de una parada de cuatro horas al no encontrar bestias inmediatamente, llegamos por la noche a un pueblo a tres leguas de Badjura. Aquí descansamos dos horas, poniéndonos en marcha a la luz de la luna y llegando a Qena a las tres. Comimos y seguimos adelante, descansando un par de horas en Benut por la noche y llegando a Luxor el siguiente mediodía.

El viaje nos llevó cinco días y medio, durante los cuales dormimos un total de once horas y el resto del tiempo fuimos a toda velocidad sobre asnos, caballos o camellos que nos procurábamos por el camino [la distancia recorrida fue de unos cuatrocientos kilómetros]. Los principales lugares por los que pasamos durante este viaje fueron Manfalut, Siut, Abutij, Tahta, Menhieh, Girgeh, Farshiut, Badjura, Kéneh, Coptos y Qhous. Cualquiera que haya estado en este país puede hacerse una idea de la dureza que hay que soportar viajando por un camino totalmente desprovisto de cosas indispensables para la vida. Los padres de los conventos de Propaganda en Tahta, Girgeh y Farshiut me facilitaron grandes comodidades en esta esforzada marcha. Nos proveyeron de bestias y provisiones para el camino nada más llegar, por lo que les estoy profundamente agradecido. Los árabes le dan la bienvenida a todo extranjero cuando están comiendo, y por lo general me

aprovecho de esta costumbre siempre, pero en esta ocasión hacerlo hubiera supuesto perder el tiempo que tanto deseaba ganar. En los lugares en los que no había convento, iba a la casa del jeque alcalde, donde los viajeros de toda clase se reúnen por la noche. Estaba tan cansado y dolorido que cualquier sitio me parecía confortable. La tierra desnuda era suficiente como cama y cuando podía procurarme una alfombra, era un lujo. Me refresqué una noche con unas cuantas cañas de azúcar, que se convirtieron desde entonces en un material muy suave con el que poder fabricar una cama más que aceptable. También me dieron caña de azúcar como postre, después de una comida de pan y cebollas. La caña de azúcar tiene un primer sabor agradable, pero presionándola se extrae un zumo algo ácido que ya no lo es tanto y es más bien insípido. La gente del país la come continuamente. Incluso se vende en los mercados como fruta cuando es temporada.

En el trayecto entre Siut y Tahta me encontré con un grupo de beduinos a caballo. Nunca tuve la oportunidad de ver a esta gente de un modo más ventajoso que esta vez; y debo de observar que en mi vida he visto un grupo de hombres más hermosos. Los caballos eran muy fuertes, aunque estaban más bien flacos. Los jinetes iban vestidos solamente con una especie de manto hecho de lana blanca de su propia manufactura, que les cubría la cabeza y parte del cuerpo. Tenían sillas de montar muy pequeñas, al contrario de la costumbre de este país. Iban armados con fusiles, pistolas y sables e iban a El Cairo para entrar al servicio del pachá, que no podía encontrar mejor forma de suprimir este grupo de saqueadores que ofreciéndoles una buena paga, armas y enviarlos a La Meca. Esta propuesta tuvo una gran acogida, pues todos los jóvenes la habían abrazado,

dejando a los viejos y a las mujeres en el desierto. Así, el pachá tenía esperanzas de deshacerse de la mayor parte, si no del todo, de un pueblo que era detestado en todo el país y que, en caso de insurrección, siempre estaba dispuesto al saqueo. Pasé a través de su campamento en el momento en el que estaban negociando con el pachá, así que escapé sin ser molestado y quizá sin ser notado, pues iba vestido con un albornoz largo de su propia factura y mi barba era bastante larga. Sus tiendas constaban de cuatro palos hincados en el suelo de una yarda de altura, a los cuales iba sujeto uno de sus chales como cubierta, con otro detrás como formando una clase de abrigo que los pudiera proteger del sol, del viento o del rocío. Normalmente colocan sus tiendas en un campo fértil, pero siempre a los pies del desierto, para que en caso de sorpresa puedan entrar pronto en su tierra natal; como el cocodrilo, que goza en la tierra, pero que cuando es molestado o ante la presencia de cualquier persona, se hunde en el río como lugar seguro. Las mujeres iban todas descubiertas y los niños desnudos. Son muy frugales en sus dietas y nunca beben licores fuertes. Son árabes, pero tan parecidos a los árabes de Egipto como pueda parecerse un hombre libre a un esclavo. Los árabes de Egipto están acostumbrados a obedecer, pero no harán nada a menos que se les obligue por la fuerza. Son humildes porque están constantemente bajo la vara; e indolentes, porque no tienen interés en nada. Pero los árabes nómadas, por el contrario, están en constante movimiento y trabajan para procurarse alimentos para sus bestias y para ellos mismos; y, al estar en constante guerra unos con otros, tan sólo piensan en mejorar sus artes de defensa o en saquear.



1. Estatua de Sekhmet, diosa guerrera, pero también sanadora, al ser capaz de desencadenar la peste. En el gran complejo religioso de Karnak se incluía el templo de la diosa Mut, situado al sur del conjunto. Mut era representada a veces con cabeza de león, y asimilada por ello a Sekhmet. En el templo de Mut, erigido por Amenofis III, dicho faraón dedicó dos series de 365 estatuas de granito gris de la diosa leona, una serie sedente y otra erguida.